algar

EL ARCA

El invierno de don Jenaro

Eulàlia Canal

Ilustraciones de **Jordi Vila Delclòs**

Uno

Las tardes se le hacían largas. Tanto con Vladímir como sin él.

Al principio se encerraba en el cuarto de baño a pensar con tranquilidad. Le daba la sensación de que Vladímir le leía el pensamiento. Si tardaba mucho en salir del cuarto de baño, le llamaba a la puerta y le preguntaba si se encontraba bien o si tenía que llamar a urgencias.

–Un botón y enseguida tienes a la policía y una ambulancia en la puerta –le había dicho su hijo.

–No necesito nada de eso –lo había rechazado él.

–Papá, yo estoy de viaje a menudo y Dora vive muy lejos –le explicó su hijo con paciencia–. Así estaremos todos más tranquilos.

Ah, claro, eso era lo que querían, estar ellos más tranquilos. Desde que le habían puesto a Vladímir, solo lo habían llamado un par de veces, pero no habían vuelto más.

Ni Jorge ni Dora. Bueno, a lo mejor Max, su nieto, sí, algún día, pero nadie más.

–¿Qué te parece a ti, Teresa? –dijo mirando la foto.

Teresa salía de las fotos a menudo y le revolvía las cosas. A veces se las cambiaba de sitio o se las escondía. Como una niña traviesa. Jenaro encontró el cepillo de dientes el día en que abrió el congelador para hacer los guisantes. Congelado como un polo de fresa. Pero no se enfadó. Seguro que lo hacía para que no la olvidara. Pero ¿cómo iba a olvidarla?

Todo esto de Teresa no podía contárselo a sus hijos. Pensarían que estaba perdiendo la cabeza y lo ingresarían en una residencia de esas en las que los abuelos dormitan como plantas.

Cuando estaban juntos, todo era diferente. Juntos y a menudo como el perro y el gato. Pero sentía que estaba vivo y que todo se movía.

Ahora todo pasaba de largo. Era como si estuviera en un andén en el que ya no se parara ningún tren... y, si se paraba, mientras pensaba si subirse o no, lo perdía.

La única voz que resonaba entre las cuatro paredes era la voz cuadrada de Vladímir.

–¿Necesitas algo? Estoy aquí para servirte. ¿Qué puedo hacer por ti? –repetía como un pato con su cua, cua.

Y él le preguntaba:

–¿Qué sentido tiene la vida?

–Vladímir procesando... No consta. Un, dos, tres. Hora de peinarse –dijo con esa sonrisa de pacotilla.

–Solo me quedan cuatro pelos en la cabeza, ya ves –contestó Jenaro.

–Beber agua y tomar la pastilla de las cuatro de la tarde.

–Lo único que quiero es irme con Teresa, ¿lo entiendes?

–Vladímir procesando... Un, dos, tres.

Cuando no entiende algo, siempre responde que está procesando y, al final, como si tal cosa, dice:

–El sentido de la vida no me consta, pero ahora podemos ir al jardín a dar una vuelta.

–No pienso ir a dar una vuelta por el jardín con un cabeza de chorlito ni con nadie, hala. Eso solo lo haría si volviera Teresa.

Abrió el libro *El último amor de Baba Dunja*, de Alina Bronsky, y leyó al azar: «Aquí no hay ni una sola vaca, pero sí una cabra que vive en su casa y que ve la televisión con ella… Así cuenta con la compañía de un ser que respira».

Levantó la vista y miró por la ventana. Hacía un sol frío de finales de febrero. La vecina de enfrente paseaba bajo el almendro florido. Llevaba una regadera en la mano y parecía que cantaba.

No sabría decir cuántos años tenía. Muchos, diría, pero andaba ligera como una perdiz.

Tenía un perro y una nieta que iba a verla a menudo. Ella hablaba con el perro y el perro movía la cola. Parecía feliz. Se tumbaba bocarriba y ella le rascaba la barriga. Se reían los dos. «¿Quién dice que los perros no se ríen? Tonterías. Se ríen y lloran, pero a su manera», diría Teresa.

La vecina hablaba con el perro, y él, con Teresa.

«Ya ves, hablamos con quien nos escucha sin juzgarnos. Es lo único que necesitamos».

Me llamo Max

Me llamo Max y mi abuelo se llama Jenaro.

El primer recuerdo que tengo de él es en blanco y negro. Tal vez porque es de hace mucho tiempo y va perdiendo el color. Tenía tres años. O cuatro quizá. Ahora voy a cumplir once y voy a tener novia, Noe. Bueno, todavía no se lo he dicho, pero solo falta que me atreva a pedírselo y que ella me diga que sí. Guille, mi mejor amigo, dice que no me complique. Que si te dicen que no o te dejan, duele. ¡Huy, me estoy desviando! Todo esto lo voy a recortar, porque ahora no iba a hablar de mí, sino de mi abuelo. Pero Rosa me ha dicho que, si me cuesta empezar a escribir el

trabajo sobre mi abuelo, pruebe a soltar todo lo que me venga a la cabeza, sin pensar, y que después lo corrija.

Vuelvo a mi abuelo. Al primer recuerdo.

Aquel día fui a hacer pis y pasé por delante de la habitación de los relojes. La puerta estaba entreabierta. No pretendía espiarlo, pero se me quedaron los ojos atrapados. Parecía que estuviera muy lejos, con la cabeza inclinada sobre un reloj diminuto, como si leyera una historia fascinante, como me habría pasado a mí con *Harry Potter*. Toqué la puerta sin querer y el ruido me delató. No se enfadó. Me dijo que pasara a su habitación, llena de esferas y de piezas pequeñas. Me contó que un relojero es un médico de relojes, que los cura cuando están enfermos.

–Cierra los ojos y escucha –me dijo.

Tictac, tictac, tictac...

–Hay un montón de vidas que laten con nosotros –susurró.

Me sentí importante por compartir los relojes con mi abuelo. Como si fuéramos dos piratas y él me enseñara su cofre del tesoro.